

Crisis y pensamiento después del fin de la historia

Mariano Sánchez Talanquer*

9 de noviembre de 1989. Se cumplen cinco meses de la represión en la plaza de Tiananmén, en la República Popular China. Cinco meses, también, desde la estrepitosa derrota del régimen comunista de Polonia frente a la Solidaridad de Lech Wałęsa, en elecciones democráticas. Günter Schabowski, vocero del Politbüro del Partido Socialista Unificado de Alemania, se planta frente a los medios de comunicación y, nota en mano, anuncia que los ciudadanos de la República Democrática Alemana pueden cruzar hacia la Alemania Occidental. Schabowski no conoce los detalles de la nueva regulación. Ha recibido tan solo un memorándum burocrático sobre la flexibilización de las restricciones de viaje en la frontera interna. Ignora el calendario y otras especificidades de la implementación. Pero a pregunta expresa de los reporteros, responde que la medida es de aplicación inmediata. A partir de allí, se precipitan los acontecimientos.

El anuncio oficial desata una reacción en cadena. La gente se concentra espontáneamente en ambos lados del largo muro de concreto que fractura la ciudad de Berlín. Entre 150 y 200 personas han muerto en esa franja desde 1961, tratando de escapar. Miles han sido detenidos en sus intentos por librar el Muro de Protección Antifascista, su designación oficial en la República Democrática (sic) Alemana. Tras el anuncio oficial, miles se juntan allí para escalarlo, derruirlo, presenciar en común, con cierta incredulidad y ánimo celebratorio, la posibilidad de traspasarlo. Es el fin del muro, el inicio de la reunificación alemana, un hito en el proceso de colapso de las repúblicas comunistas en todo el lado Este de la Cortina de Hierro. Es también un nocaut simbólico a todo un sistema de ideas, a un proyecto de emancipación humana que no lo fue, pero que organizó la política global y el debate intelectual de todo el siglo XX. La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas quedará oficialmente disuelta en 1991.

Son ya treinta años de la caída del muro y también de la publicación de “¿El fin de la historia?”, el polémico ensayo de Francis Fukuyama en el que se proclamaba la victoria final, definitiva de la democracia liberal y el sistema de mercado —y en renovado idealismo hegeliano, su eventual universalización, terminadas las contradicciones ideológicas.¹ La tesis quería y podía significar muchas cosas a la vez —el anuncio de la victoria definitiva del capitalismo; una predicción empírica sobre la caída progresiva de los autoritarismos y la universalización de la democracia; la conquista de la paz y la libertad; un argumento sobre el fin no de los eventos o los conflictos, pero sí de la confrontación ideológica; un lamento por el arribo de una nueva era hedonista, de materialismo rampante, aburrimiento político y pérdida de significado moral; una afirmación de la invencibilidad de la democracia liberal capitalista en el plano normativo, de su hegemonía intelectual como sistema para todas las sociedades humanas.

Sus múltiples versiones implicaban que la tesis podía ser atacada por muchos frentes a la vez, como de hecho lo fue, pero también una ventaja táctica para Fukuyama. Como lo detectó Stephen

* Profesor investigador titular en la División de Estudios Políticos del CIDE.

¹ Francis Fukuyama, “The End of History?” *The National Interest*, no. 16 (1989): 3-18.

Holmes, al deslizarse entre formulaciones del argumento y concepciones de cambio histórico, Fukuyama “presentaba a su crítico un blanco en movimiento”.² Algunos simplemente la redujeron a una proclama arrogante de un liberalismo embriagado por la victoria, autocomplaciente y, a la postre, demasiado cándido. Otros tomaron la capacidad del autoritarismo de reinventarse y disfrazarse con ropajes democráticos como evidencia inequívoca en su contra. Fukuyama mismo ha desde entonces revisado sus tesis. Ha admitido lo aventurado de sus pronósticos, impuesto mayores límites regionales y culturales, ampliado el calendario para la democratización, lidiado con la posibilidad de decadencia de la política en los propios regímenes democráticos.³

Pero en el núcleo había un postulado más difícil de descartar de un plumazo: no había ya un modelo creíble de sociedad que reclamara, o pudiera hacerlo, ser superior al binomio democracia liberal-economía de mercado para evocar y realizar las aspiraciones más humanas —reconocimiento, igualdad, libertad, bienestar material. El menú de modelos se había agotado. No había alternativa programática alguna que tuviera, simultáneamente, legitimidad mínima para organizar la vida en común en las sociedades modernas, capacidad de atravesar fronteras culturales y posibilidad de crear esperanzas de un futuro mejor.

Ningún movimiento político de importancia reivindicaba ya una plataforma económica, un sistema de gobierno, un ideal ético o una narrativa de destino histórico por fuera de los parámetros básicos de la democracia liberal capitalista: elecciones libres y periódicas con sufragio universal y secreto, libertades de asociación y expresión, propiedad privada y libertad de producción e intercambio en el grueso de la economía. Muchos regímenes se desviaban de estas normas en la práctica, pero lo hacían en la orfandad ideológica, sin coartada moral o doctrinaria, forzados al disimulo. Es decir, el mundo había entrado en una nueva fase ideológico-cultural de hegemonía, con el concomitante estrechamiento del espacio de conflicto político —y del pensamiento.

La tesis era particularmente chocante para la izquierda más ortodoxa, pues implicaba asumir la derrota tras décadas de lucha. El dictado de la historia obligaba a contemporizar con las desigualdades socioeconómicas inherentes al capitalismo y a asumir como propias normas, instituciones, formalidades que, poco tiempo atrás, eran combatidas como simples máscaras de la explotación. Pese a todo, observadores agudos en la tradición socialista reconocieron la gravedad intelectual de la implosión, la absoluta redefinición global de los parámetros de lo posible y las nociones de lo deseable. Perry Anderson diseccionaba en los noventa las tesis del fin de la historia con mano de cirujano, pero reconocía que todos los elementos “de la visión socialista han caído en la duda radical” y “ninguna de las corrientes que se propusieron desafiar al capitalismo en este siglo tiene moral o brújula hoy”. Las “soluciones” que ofrecía la democracia liberal capitalista podían en realidad “estar menos disponibles y ser menos seguras de lo anunciado. Pero aun así podría ser que no hay otra cosa posible.” No se podía pues sino admitir que “la visión de Fukuyama

² Stephen Holmes, “The Scowl of Minerva” *The New Republic* 206, no. 12 (1992): 28.

³ Véase por ejemplo Francis Fukuyama, “The end of history symposium: a response”, *OpenDemocracy*, 2006. https://www.opendemocracy.net/en/fukuyama_3852jsp/. Y “I still believe in progress”, *Liberal Culture*, 13 de junio de 2017. <https://liberalculture.org/i-still-believe-in-progress/>. Para su análisis sobre el declive de los sistemas políticos, véase Francis Fukuyama, *Orden y decadencia de la política: Desde la Revolución Industrial hasta la globalización de la democracia*. Barcelona: Deusto, 2016.

no es artificial o inverosímil”.⁴ Caía la Cortina de Hierro, pero se abría también un enorme hueco político, ideológico y hasta existencial, sin otras opciones para llenarlo que el mercado y las elecciones.

¿Cuál es el balance, treinta años después? ¿Cómo, y en qué grado, se ha reformulado el pensamiento político y económico en esta era posthistórica? ¿Podemos decir que han brotado nuevas contradicciones ideológicas, que se ha fracturado ya la hegemonía de la democracia y el mercado, en tanto formas institucionales de organización social? ¿Empieza a despuntar un orden distinto, tal vez no mejor?

Nuevas viejas realidades

Una cosa es clara: ha quedado atrás esa época de certezas, la sensación de que el futuro podía anticiparse, la convicción de que en el horizonte había solo democracias liberales convergiendo hacia formas avanzadas de capitalismo, con niveles siempre crecientes de producción y consumo. El plano práctico-material, por lo menos, no se ha empatado con el plano ideal —ése en el que la democracia liberal reina indiscutida como forma última de organización política. Los autoritarismos no abandonaron nunca el escenario, aunque tras la Guerra Fría varios de ellos hayan echado mano de forma selectiva de elecciones (desequilibradas), y otras fachadas democráticas, para cumplir con las apariencias en el nuevo orden global.⁵ Además, a escala mundial la democracia atraviesa no un momento de expansión, sino que se ve amenazada por una tercera ola histórica de autocratización, después de que la tercera ola democrática la convirtiera en el tipo de régimen más extendido en el mundo.⁶

La democracia sobrevive en un grupo nada despreciable de países, pero algunas sociedades, como la estadounidense, se han polarizado a tal punto que normas básicas de coexistencia y tolerancia mutua se han reblandecido y dado paso a choques que rozan lo violento. Endurecidas a niveles extremos, las identidades políticas gobiernan ya no solo las preferencias electorales, sino la esfera social misma —incluso la disposición a convivir con otros, escuchar a otros, admitir los mismos *hechos*. Otros electorados, dominados por un sentido de alienación respecto del sistema político, han caído en la apatía o la protesta permanente, visibles en incrementos en el abstencionismo, la volatilidad electoral crónica, la desconfianza en partidos, políticos, congresos. La democracia depende de tener opciones, pero las élites gobernantes parecen tan lejanas a la gente común y los partidos tan sometidos a otros intereses que, a juicio de muchos, significan todos lo mismo.⁷ Las instituciones democráticas, con sus formalismos y puntos de veto, ofrecen múltiples oportunidades a intereses minoritarios para frustrar cambios deseables para la mayoría. La política parece la fuente de los problemas, no de soluciones.

⁴ Perry Anderson, “The Ends of History” en *A Zone of Engagement* (Londres: Verso, 1992), 358-59.

⁵ Steven Levitsky and Lucan Way, *Competitive Authoritarianism: Hybrid Regimes after the Cold War* (New York: Cambridge University Press, 2010).

⁶ Anna Lührmann and Staffan I. Lindberg, “A Third Wave of Autocratization Is Here: What Is New about It?,” *Democratization* 26, no. 7 (October 2019): 1095–1113.

⁷ Wolfgang Streeck and Armin Schäfer, eds., *Politics in the Age of Austerity* (Cambridge: Polity, 2013).

Animados por sentimientos generalizados de insatisfacción con la representación, o peor aún de traición por parte de élites políticas desconectadas, los ciudadanos a lo largo y ancho del mundo han adoptado posturas antisistema. Éstas tal vez podrían inducir cambios favorables en el funcionamiento de instituciones clave, innovaciones que renueven la representación política, en un tipo de “destrucción creativa” schumpetteriana para la democracia. Pero la poca apreciación hacia el imperfecto presente democrático también abre espacio al autoritarismo. Predomina el desencanto con las democracias realmente existentes, la esperanza de algo distinto, sin que esas energías tengan un destino predefinido ni necesariamente saludable.

Por el contrario, el clima de hartazgo y resentimiento puede ser aprovechado, y lo está siendo, por oportunistas que so pretexto de limpiar el sistema, de “drenar el pantano” (Trump) e iniciar algo nuevo, cargan contra normas democráticas, minan construcciones institucionales, concentran poderes, someten a las sociedades a sus caprichos. Rara vez las democracias mueren ahora mediante colapsos repentinos. No obstante, poco a poco van perdiendo vigor, facultades, sus rasgos distintivos. La erosión insidiosa de su lenguaje, sus formas, sus rutinas, sus normas la van deformando y desnaturalizando, hasta que eso que la define —la posibilidad de competir por el poder en elecciones libres y equilibradas dentro de un marco de libertades básicas para todos— está ya ausente.

Con “cunas de la democracia” en crisis política (Estados Unidos, Reino Unido, etcétera), el orden internacional de la posguerra tambaleándose y regímenes autoritarios como el chino manteniendo el crecimiento y el orden sin la parafernalia democrática, los actores políticos parecen tener carta blanca para atestar golpes a la institucionalidad en sus países. Así, la resiliencia de las instituciones democráticas está siendo probada en buena parte del mundo. Como suele suceder en política, es prematuro anticipar un desenlace. El futuro es siempre incierto, pero podemos decir que hoy es más incierto que en ese noviembre de 1989 cuando los alemanes se congregaban en el muro. Y como sea, lo cierto es que el enojo popular con el desempeño de las democracias en las últimas tres décadas abre preguntas serias: ¿pueden las instituciones de la democracia liberal, en el mundo de la globalización y la revolución digital, revertir las tendencias oligárquicas en operación? ¿Es posible gestionar soluciones a los problemas de la mayoría, enfrentar poderosos intereses minoritarios, promover seriamente objetivos de justicia social dentro de los parámetros institucionales de la democracia representativa, nacidos en otro contexto? En una nuez, ¿puede el instrumental de la democracia con las expectativas y demandas públicas de las sociedades modernas?

En este entorno convulso, se han gestado dentro de la democracia misma exitosos movimientos “populistas” con una relación cuando menos tensa con instituciones liberales. El populismo se afirma democrático, pero es típicamente intolerante con la disidencia, alérgico a una concepción pluralista del espacio político y a veces tan xenófobo como viejos enemigos de la democracia. En la nave “populista” viajan movimientos de muy distinta índole, pero con honrosas excepciones, habita en ellos una propensión a hacer pasar por reivindicaciones de la soberanía popular francos saltos hacia el autoritarismo personalista. La revuelta contra las élites y “sus instituciones”, a veces convertida en autocratización, avanza como caballo de hacienda en la arena electoral misma. De

modo que la democracia liberal no solo parece de nuevo vulnerable, sino propensa a incubar a sus verdugos.

Las cosas no son menos complicadas en la esfera económica, la del capitalismo triunfante. Al menos, otra vez, en los hechos, si no en las ideas. La economía de mercado se ha visto azotada por duras crisis, de lentísima, dispareja y muy dolorosa recuperación. En especial, la Gran Recesión, iniciada en 2008 con el colapso del sistema financiero estadounidense. Lo que siguió fue el rescate colectivo de los bancos —léase, una enorme redistribución hacia arriba— y regresivos programas de austeridad para contener la deuda pública que, en un círculo vicioso, inhibieron el crecimiento y la capacidad de gasto en sociedades ya de por sí golpeadas por la contracción económica. Más de una década después, seguimos observando las secuelas sociales y políticas. Y cuando apenas las economías se recuperan de la mayor contracción desde 1929, la posibilidad de una nueva crisis cuelga ya sobre ellas, como una espada de Damocles.

Además, en la mayor parte del mundo —empezando, otra vez, por el gran triunfador de la Guerra Fría, Estados Unidos— las economías y los sistemas políticos parecen incapaces de siquiera atemperar un proceso acelerado y autoreforzante de acumulación de riqueza en la cúspide, en marcha desde fines de los setenta.⁸ A él contribuye la financiarización de la economía global, el débil control de los gobiernos nacionales sobre empresas transnacionales o el marco institucional de la globalización, el cambio tecnológico y digital, la automatización y, sobre todo, la falta de contrapesos políticos al capital. Como sea, los Estados nacionales parecen inermes frente a esta dinámica de concentración e incapaces, en la economía globalizada, de establecer impuestos a los grandes capitales internacionales para financiar inversiones sociales y satisfacer las múltiples demandas de los electorados democráticos.

La contracara de este proceso es el estancamiento en el ingreso real del ciudadano promedio y la precarización del empleo, con fuertes implicaciones en los patrones de organización social—la densidad sindical, por ejemplo. El efecto agregado es la generalización de la inseguridad económica para la mayoría, con efectos corrosivos sobre las relaciones sociales, el sentido democrático de control colectivo sobre las circunstancias comunes, el bienestar psicológico mismo. La falta de convergencia con los países desarrollados y de oportunidades en los países del Sur Global, además de factores como la violencia asociada a los mercados ilegales también internacionales, estimulan oleadas migratorias que esta globalización no está dispuesta a aceptar —una cosa es el libre flujo de mercancías y capitales, otra el de trabajadores.

Y a todo eso debemos sumar la devastación ambiental y el cambio climático sobre los que se sostiene el sistema económico mundial, el problema más urgente ya no del capitalismo, sino de la humanidad misma. Un desafío cuya inminencia, sin embargo, es ignorada por potencias globales. La crisis ambiental confronta a los gobiernos con dilemas serios sobre las posibilidades, la viabilidad misma, de mejorar el bienestar material de la población mediante el crecimiento económico y pone de manifiesto rígidas jerarquías globales entre los países de desarrollo temprano versus tardío. Peor todavía, la verdad científica sobre cambio climático provocado por la actividad

⁸ Thomas Piketty, *Capital in the twenty-first century* (Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press, 2014).

humana es abiertamente negada por movimientos políticos de reacción contra expertos de todo tipo —parte de un cruel giro oscurantista enraizado en las varias inseguridades, resentimientos y aflicciones del presente, con varias manifestaciones en esta era de la posverdad.

En síntesis, eso que parecía definitivo e indiscutible en “el fin de la historia” enfrenta serios desafíos fácticos. Pero, ¿se ha reabierto la frontera de pensamiento? No hay duda de la gravedad de los problemas. La cuestión, sin embargo, es si esa gravedad, si la discusión sobre posibles soluciones, han desplazado también los límites intelectuales del fin de la Guerra Fría—si a punta de crisis, cargadas de viejos y nuevos problemas, las sociedades han rebasado o no el armazón ideológico de la democracia liberal capitalista que, según la manoseada tesis formulada en aquel 1989, significaba el punto final a la evolución intelectual de la humanidad.

¿Reapertura del pensamiento?

Dice Nancy Fraser que, como en los años treinta (tras el colapso de 1929), hoy (tras el colapso de 2008) “los intentos de mercantilizar la naturaleza, el trabajo y el dinero están desestabilizando la sociedad y la economía”, rompiendo solidaridades, fomentando el individualismo, multiplicando las ansiedades.⁹ El auge del mercado y la expansión de su lógica (la competencia privada y la maximización) hacia más y más esferas (los recursos naturales, los servicios públicos, etcétera), bajo el supuesto de la autoregulación como garantía de eficiencia, desembocó como antes en una gran crisis internacional. Ésta requirió la mano bien visible del Estado para absorber —es decir socializar— las responsabilidades del sector financiero y para estimular la demanda, mediante estímulos fiscales y flexibilización monetaria.¹⁰ Pero es crucial notar que la crisis se gestó no en los satélites, sino en el corazón mismo del capitalismo global, es decir, en el cuartel general del proyecto triunfador de las confrontaciones político-ideológicas del siglo XX.

No era del todo inesperado. Ya para fines de los sesenta, el compromiso de clase de la posguerra —respeto a los derechos de propiedad en una economía capitalista, a cambio de mejoras en las condiciones de vida y el Estado de bienestar— comenzaba a rechinar.¹¹ Ante la dificultad de satisfacer las demandas laborales (incrementos salariales continuos, bajo desempleo) con tasas de crecimiento en contracción, los gobiernos recurrieron a la impresión de dinero para fugarse del dilema, lo que derivó en los problemas inflacionarios de los setenta.

Las medidas para atajarlos —autonomía de los bancos centrales, alzas en las tasas de interés pese al desempleo resultante, mayor apertura comercial y muy especialmente, subordinación de los sindicatos para la contención salarial— domesticaron la inflación. Pero a falta de ese recurso, más una resistencia dogmática a los impuestos y necesidades sociales derivadas de los ajustes laborales, el endeudamiento público se tornó el mecanismo para salir del aprieto. Solamente se compraba

⁹ Nancy Fraser, “A Triple Movement? Parsing the Politics of Crisis after Polanyi,” *New Left Review* 81 (May-June 2013): 119–32.

¹⁰ Jonas Pontusson and Damian Raess, “How (and Why) Is This Time Different? The Politics of Economic Crisis in Western Europe and the United States,” *Annual Review of Political Science* 15, no. 1 (2012): 13–33.

¹¹ Este breve recuento está basado en Wolfgang Streeck, “The Crises of Democratic Capitalism,” *New Left Review*, no. 71 (2011): 5–29.

tiempo. De nuevo, el parche terminó por desgastarse: las obligaciones de pago comenzaron a absorber proporciones crecientes del presupuesto público, forzando recortes sociales, y desde el sector financiero surgían exigencias de consolidación presupuestal, si es que los inversionistas iban a seguir confiando en los Estados.

Las opciones estatales comenzaban ya a agotarse. Y así, se seguía incubando el estallido: salarios estancados o que, incluso, perdían valor real, desde los setenta; mayor apertura económica, mayor competencia y, por ende, mayor inseguridad económica; como resultado de ambas, mayores necesidades sociales de provisión gubernamental. Al mismo tiempo, disciplina monetaria ya institucionalizada; obligaciones crecientes asociadas al servicio de la deuda; presiones hacia una férrea disciplina ahora también fiscal. Y entonces, medidas de austeridad, adoptadas incluso por los partidos tradicionalmente vinculados a los movimientos laborales y ubicados en el centroizquierda. La convergencia programática en la ortodoxia económica dejaba huérfanas desde entonces demandas de representación del sector laboral, que sin embargo había perdido, como parte de las mismas transformaciones, su capacidad de movilización y presión.

La destrucción de las capacidades de acción colectiva de la enorme mayoría social que funda la subsistencia en el trabajo fue una de las llaves para seguir empujando el modelo de mercado sin enfrentar una reacción, al menos en el corto plazo. Las tensiones distributivas subyacentes, sin embargo, estaban lejos de haberse conjurado, lo que de una forma u otra forzaba la búsqueda de nuevas escapatorias. Presionados por contener la deuda pública pero también temerosos del descontento popular, los gobiernos de fines del siglo XX encontraron en la profundización de la liberalización financiera una forma otra vez temporal —y como quedaría claro, ilusoria— de compensar la retracción del Estado en el ámbito social, aunada a la ya larga ralentización del crecimiento. Y es que por esa vía, la de la desregulación financiera, se parchó el enorme hueco en la economía política del capitalismo con una nueva bomba de tiempo: la deuda privada.

En Estados Unidos, por ejemplo, conforme la riqueza se acumulaba en lo más alto, los beneficios sociales se recortaban y los salarios permanecían estancados, la gente común y corriente financiaba la carísima educación superior con préstamos y adquiría hipotecas como pan caliente —hipotecas que, a su vez, se comercializaban festivamente en los mercados financieros, generando ganancias sobre la nada. La tarjeta de crédito subsidiaba el consumo y el gasto catastrófico, haciendo las veces de un Estado de bienestar y supliendo la insuficiencia de los ingresos. Hasta que llegó el punto que el bote no podía patearse más, ni el sol taparse con un dedo. Una Gran Recesión.

El adagio de Polanyi volvía por sus fueros: “los orígenes del cataclismo residen en el intento utópico del liberalismo económico de crear un sistema de mercado autoregulado”.¹² Pero, pese las similitudes estructurales de la crisis con la del periodo entreguerras, en 2013 Fraser apuntaba a la ausencia de un “contramovimiento” proteccionista como el que antes había “salvado” al capitalismo de la autodestrucción (legislación social, políticas de bienestar, regulaciones laborales, etcétera). Según Polanyi, este tipo de reacción emergía dialécticamente (el “doble movimiento”) ante la ficción de que las personas (el trabajo), los recursos naturales y el dinero eran como

¹² Karl Polanyi, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time* (New York: Farrar & Rinehart, 1944; Boston: Beacon Press, 2001), 31.

cualquier otra mercancía que se producía para la venta en un sistema autoregulado por la oferta y la demanda, conforme al principio de ganancia. La tentativa de expandir el mercado a estas esferas era inherentemente destructiva de la sustancia de la sociedad, de la naturaleza y de la organización de la producción misma; acarrea entonces una reacción defensiva de la sociedad, que restringía el campo de acción de la oferta y la demanda para protegerse de la inseguridad económica y vital.

Pero para Fraser, los brotes inconexos de descontento (por ejemplo, los movimientos de indignados) y su orfandad programática impedían hablar de un contramovimiento al estilo de Polanyi. Las élites políticas globales seguían siendo neoliberales en lo fundamental. La protección de los inversionistas y la tranquilidad de “los mercados” continuaban guiando las decisiones gubernamentales. Los excesos del sector financiero, punto de origen de la crisis, quedaron impunes. La regulación apenas fue reformada —parte de los riesgos que siguen pesando sobre la economía global. Y sobre todo, seguía sin definirse un “contraproyecto coherente al neoliberalismo”.¹³

El panorama político se ha ensombrecido desde entonces. El ascenso iracundo de Trump ha puesto en jaque al orden internacional y a las instituciones democráticas, fracturando el consenso liberal desde el país hegemónico. En plena guerra comercial con China, la idea de un sistema permanente de libre comercio internacional, acordado multilateralmente y sostenido por instituciones supranacionales como la Organización Mundial de Comercio, ha volado por los aires. El discurso y la práctica nacionalista (*Make America Great Again*) son una realidad que en los países más desarrollados, receptores de migrantes, degenera en proteccionismo xenófobo.

Se extienden el parroquialismo, el negacionismo, las pulsiones anticientíficas, el discurso religioso, el sentimiento antipolítico, la sed de revancha, la inclinación por patear el sistema, la esperanza de salvación. Desde ahí se impulsan al poder líderes de retórica contestataria, cualidades supuestamente suprahumanas y poco aprecio por todo lo establecido (incluyendo instituciones democráticas). Los partidos políticos convencionales sufren derrotas estrepitosas a manos de nuevos competidores o son tomados por asalto, como en Estados Unidos mismo, por autócratas en potencia. No es sin duda la reacción deseada por muchos; pero reacción, es.

Y los agravios subyacentes —la inseguridad económica (y de todo tipo), la indiferencia de antiguas élites tecnocráticas, los servicios públicos insuficientes y de mala calidad, la enorme desigualdad, los privilegios de una minoría— tienen bastante fundamento. ¿Hay para su atención, realmente, nuevas alternativas?

Difícilmente podemos decir que el populismo, el autoritarismo personalista, el nacionalismo y el proteccionismo económico representan una nueva vuelta en la evolución intelectual. Aun las defensas más sofisticadas del populismo como alternativa o correctivo a la democracia cojean por su maleabilidad programática; el tribalismo inherente a su estructuración binaria del espacio político (pueblo versus no-pueblo); la cancelación de la deliberación racional y pública como

¹³ Fraser, “Nancy Fraser, A Triple Movement?,” 121.

fórmula para la toma de decisiones; y, en la mayoría de los casos, la propensión a equiparar el personalismo autoritario con el ejercicio de la soberanía popular.¹⁴

El autoritarismo puro puede recuperar fuerzas y la política económica adquirir tintes más nacionalistas, pero no hay ahí un modelo de sociedad que marque una ruptura, un paso hacia una fase superior en el pensamiento político, en la que la democracia liberal capitalista ha quedado atrás como ideal normativo. Tememos por la democracia, pero no por la potencia ideológica de sus enemigos. Más bien, porque sus déficits sociales y problemas de desempeño están procreando engendros que, como enfermedad autoinmune, la atacan y debilitan.

No obstante, me atrevo a decir que hemos entrado en una nueva etapa intelectual. La democracia liberal capitalista, como se le concebía en los días del “fin de la historia”, está ya rebasada. En los términos en que se imaginaba entonces, ese binomio ya no se piensa como la fórmula final para la paz y la prosperidad, a menos que se reforme a tal grado que el resultado se parecería poco a eso que se tenía en la cabeza cuando caía el muro de Berlín.

La innovación no proviene de la rebelión chovinista, nostálgica y antiilustrada que recorre buena parte del mundo. Pero hay otro tipo de reacciones abriendo brecha, que implican cambios radicales en el modelo de sociedad y sus formatos institucionales. Esos saltos intelectuales tienen que ver con dos problemas que se consideran ya irresolubles dentro de los parámetros del orden político-económico antes dado como definitivo: uno, la precarización económica de la mayoría mientras la riqueza se concentra hasta arriba; dos, el cambio climático.

En la disciplina económica, presenciamos un resurgimiento en el estudio sobre la desigualdad, las dinámicas de acumulación de riqueza inherentes al sistema de mercado y las motivaciones del comportamiento humano en la interacción económica, que obligan a revisar modelos teóricos en los que se fundaron las recetas de fines del siglo XX. La conformación de una oligarquía global se percibe más y más como un impedimento al bienestar humano. En el debate académico y político, se exploran opciones para combatir la evasión fiscal por parte de empresas transnacionales, lidiar con los paraísos fiscales e imponer nuevos impuestos a la riqueza.¹⁵ En el fondo, esas medidas para subsanar la larga crisis del Estado fiscal implicarían un nuevo pacto social, una nueva economía política dentro del capitalismo.¹⁶

Los planes son tal vez todavía embrionarios como para hablar de una alternativa programática plena, y bien puede ser derrotada. También la democracia puede retroceder. Pero las ideas fuerza flotan en la conversación pública y se han extendido entre sectores nada despreciables. En pleno Estados Unidos, un precandidato presidencial con arrastre entre los jóvenes llama a partir los grandes bancos y hacer una “revolución política” que transforme la democracia con un movimiento

¹⁴ Para una discusión véanse los ensayos reunidos en *Configuraciones* 48-49 y, entre otros, Nadia Urbinati, *Me the People: How Populism Transforms Democracy* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2019).

¹⁵ Véase por ejemplo Emmanuel Saez and Gabriel Zucman, “How would a progressive wealth tax work? Evidence from the economics literature”, <http://gabriel-zucman.eu/files/saez-zucman-wealthtaxobjections.pdf>.

¹⁶ Sobre la noción de la crisis fiscal del Estado, véase Joseph A. Schumpeter, “The Crisis of the Tax State,” en *The Economics and Sociology of Capitalism*, ed. Richard Swedberg (Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1991).

participativo de masas. Además de todo, en el país de Reagan y el macartismo, se autoproclama socialista.

Pero la crítica más profunda al capitalismo, la agenda que sacude sus cimientos y dibuja un sistema económico de raíz distinto, proviene hoy del ambientalismo. El cambio climático condena ya no solo a la economía de mercado a la extinción, sino a la especie misma. También en esta esfera, bajo la etiqueta del *Green New Deal*, se plantean ya objetivos institucionales, reformas, medidas públicas urgentes que en conjunto, equivaldrían a una refundación del sistema productivo a escala global. De nuevo, el consenso se ha roto no porque se dibuje ya en el horizonte una alternativa con trazos perfectamente definidos, sino porque está claro que el sistema de mercado necesita reinventarse si la especie ha de sobrevivir al cataclismo medioambiental. Al grado, incluso, que las sociedades habrán de enfrentar la cuestión sobre la deseabilidad del crecimiento económico, lo que a su vez anticipa la intensificación de conflictos distributivos dentro y fuera de los países.

Sabemos que de persistir los niveles actuales de consumo de energía, la adicción a los combustibles fósiles y el materialismo como motor social, los debates sobre las formas de organización política y económica de las sociedades humanas quedarán relegados a la crisis en la habitabilidad del planeta. Lo que está por verse es, si en esta era posthistórica, la actualización del pensamiento alcanzará para cambiar la realidad o ésta rebasará a las ideas.